

Fuego y ceras en el ritual barroco de la muerte

A mi entrañable amigo
Constantino Reyes-Valerio
in Memoriam.

Con el propósito de afrontar los embates de la herejía y del protestantismo, causantes de la división de la Iglesia romana y de la fractura del poder eclesiástico, hacia 1545 y 1563 un selecto grupo de teólogos y moralistas de la contrarreforma católica se reunían en el Concilio de Trento para sistematizar la doctrina. En tal sistematización se exaltaba, por un lado, la necesidad que tenían los fieles de pertenecer a la Iglesia, por ser la única que garantizaba la resurrección, la inmortalidad y la gloria eterna, mientras que por el otro le permitiera recuperar, extender y consolidar el poder eclesiástico, manteniendo la unidad entre los fieles mediante el ejercicio de un mismo credo y reunidos bajo una sola cabeza representada por el pontífice de Roma, sucesor de Pedro.¹

La difusión de la doctrina en el mundo católico se apoyó en la palabra oral y escrita, así como en un lujoso y bien reglamentado culto externo destinado a manifestar los sagrados misterios de la fe, la inmensa gloria de Dios y el poder ilimitado de su Iglesia, mediante un conjunto de signos visibles y sensibles, capaces de catequizar a los fieles a través de los cinco sentidos corporales, mismos que en la doctrina se consideraban como las vías del conocimiento. Entre esos signos no podían faltar la cera y el fuego para cumplir una función no sólo didáctica, sino también litúrgica y simbólica, según lo estipularon los teólogos y moralistas de Trento bajo el siguiente tenor:

Siendo la naturaleza humana que no puede elevarse fácilmente a la meditación de los divinos misterios sin auxilios exteriores, nuestra Madre, la Iglesia, ha instituido, por esa razón, ciertos ritos y ceremonias que se complementen con luces, incienso, ornamentos, con el fin de realzar la majestad de tan grande Sacrificio [se refiere a la misa] y por otra parte, excite

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Gonzalo Balderas Vega, *La Reforma y la Contrarreforma. Dos expresiones del ser cristiano en la modernidad*, pról. de Luis Ramos, México, UIA, 1996, p. 13.

las almas cristianas por medio de signos visibles de religión y de piedad, a la contemplación de los altísimos misterios.²

Como parte de ese culto externo destinado a catequizar a los fieles se contaba el ritual barroco de la muerte y consistía en una ceremonia fúnebre elitista y urbana destinada a rendir un homenaje a la muerte de algún miembro de esas mismas elites. Su misión consistía en moralizar a la feligresía al tiempo de enseñarle el camino que la conduciría a la inmortalidad, y de este modo configurar la vida cristiana. Para tal efecto, a lo largo del ceremonial se destacaba el carácter finito de la vida, la omnipresencia de la muerte, así como la necesidad que tenían los fieles de prepararse para esperar su llegada manteniéndose fieles a la Iglesia y ejercitando cotidianamente su doctrina.

La eficacia de tal preparación se ponía de manifiesto mediante una imagen secular capaz de reflejar la paz y el reposo con que se coronaba el final de una vida cristiana sembrada de espinas y abrojos. Esa imagen secular la representaba el difunto mismo, cuyas virtudes, falsas o verdaderas, se convertían en el ejemplo que debía guiar la vida de los fieles.³ Para cubrir sus fines moralizantes y didácticos, el ritual barroco de la muerte se llevaba a cabo públicamente, ante la mirada siempre expectante y curiosa de una nutrida concurrencia que acostumbraba acompañar al creyente durante su última enfermedad hasta después de su muerte. El ritual se dividía en dos grandes etapas, a saber: el llamado *memento mori* que significa acordaos de la

muerte, etapa que abarcaba el tiempo que duraba la enfermedad, la agonía y la muerte del cristiano; su duración dependía de las características del mal que aquejaba al enfermo.

En la segunda etapa se celebraban las exequias, nombre que se deriva de la palabra latina *texsequiae* y significa seguir hasta el fin o lo que sigue después de la muerte, y comprendía: el aviso del deceso, la preparación del cuerpo, el duelo, la procesión del lugar del duelo al templo en donde se celebraba la misa de cuerpo presente y del templo al lugar del entierro. Comprendía también la cristiana sepultura y, por último, los sufragios que los deudos ofrecían por el descanso del alma del difunto. La duración de esta segunda etapa era variable y en ocasiones se prolongaba hasta seis meses después del fallecimiento e incluso por varios años más, dependiendo de las sumas que el difunto hubiera dejado en su testamento para comprar, literalmente, el reino de los cielos.

Por su significado universal como purificador y renovador, el uso del fuego había sido adoptado por la cristiandad desde los tiempos de la Iglesia primitiva. Siglos después, y para cubrir las demandas pedagógicas de la Iglesia tridentina y postridentina, el fuego junto con el agua, su elemento contrario, jugaban un papel purificador dentro del ritual de la muerte, en tanto que el fuego junto con las ceras debían arder constantemente durante el ritual de la muerte, puesto que su luz no sólo alumbraría y purificaría el ambiente, sino también se encargaría de recordar a los fieles la fe en los méritos de Cristo y a la misma divinidad vencedora de las tinieblas del mal. Según las enseñanzas del Antiguo Testamento, recordaría asimismo el fuego que ardía constantemente en el altar de los holocaustos.⁴

⁴ Juan González Villar, *Tratado de la sagrada luminaria*, Madrid, s/f, p. 190.

² Anastasio Machuca Diez, *Los sacrosantos concilios ecuménicos de Trento y Vaticano*, Madrid, Librería católica de don Gregorio del Amo, 1908, p. 214.

³ José Luis Bouza Álvarez, *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del barroco*, Julio Caro Baroja y Antonio Domínguez Ortiz (pról.), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1990 (Biblioteca de dialectología y tradiciones populares, 25), pp. 50-60.

Dentro del ritual que nos ocupa cera y fuego simbolizaban el carácter finito de la vida y la fragilidad de la humana condición, al tiempo que se les comparaba con la misma vida del hombre, la cual, una vez consumida, nunca se recupera; de ahí que en la iconografía del barroco todo aquél que se representa con una cera encendida en las manos es porque está próximo a morir. Simbolizaban también la caridad que todo buen cristiano debía tener con el moribundo y con las almas de los fieles difuntos o ánimas del purgatorio, al tiempo que recordarían a los vivos la necesidad que tenían de seguir la luz de Cristo para salvar el alma al final de la vida, y de la vigilancia con la que se debía esperar al Señor mientras que la muerte llamara a la puerta, a semejanza de las vírgenes prudentes que se mencionan en los Evangelios.⁵

Estos significados constantes que fuego y cera tenían en el ritual de la muerte se alternaron con otros, propios de cada etapa del ceremonial. Dicho ceremonial, como recordaremos, se iniciaba con el *memento mori* que abarcaba desde la última enfermedad hasta la muerte del cristiano. Su finalidad, dentro de la doctrina, radicaba en destacar la necesidad que tenían los creyentes de recibir oportunamente los sacramentos para salvar el alma, y de esta manera conjurar el temible peligro de una muerte repentina o muerte sin sacramentos, causante inevitable de la condenación eterna o muerte del alma.

Conforme a los principios doctrinales avalados en el concilio de Trento, los ritos sacramentales —bautismo, confirmación, confesión, eucaristía,

matrimonio, orden sacerdotal y extremaunción— habían sido instituidos por el mismísimo Jesucristo para que el hombre, creado por Dios, ingresara voluntariamente a la Iglesia, fortaleciera el espíritu y, una vez fortalecido, combatiera al pecado y de este modo pudiera alcanzar los méritos de la redención y resucitar después de la muerte, a semejanza de Cristo hecho hombre.⁶

Dentro de los sacramentos no podía faltar uno dedicado especialmente a los moribundos como lo era, y lo es hasta la fecha, la extremaunción, denominado también unción de los enfermos o sacramento de los moribundos y último ritual con el que la santa madre Iglesia ayudaba, y ayuda, a sus hijos a luchar contra el mal; por este motivo marcaba el principio y el fin del llamado *memento mori*.

Según la doctrina, la extremaunción debía administrarse por un sacerdote como celestial medicina para el cuerpo y para el alma, siguiendo de cerca la ley promulgada por el veneradísimo apóstol Santiago:

¿Enferma alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia y hagan oración por el enfermo, ungiéndole con óleo en nombre del Señor y la oración de fe [Credo] sanará al enfermo y lo aliviará el Señor; si está en pecado se le perdonará.⁷

El sacramento, a semejanza del *memento mori*, se dividía en tres tiempos: el cuidado del enfermo, la atención al moribundo y la unción propiamente dicha, que se aplicaba cuando se presentaban los primeros estertores de la muerte. Estas tres etapas correspondían, a su vez, a la fe, a la esperanza y a la caridad o virtudes teolo-

⁵ Niceto Alonso Perujo y Juan Pérez Angulo, *Diccionario de ciencias eclesiológicas*, Barcelona, Librería de Subirana, Hermanos Editores, 1886, vol. 4, pp. 676-679; *Dictionnaire encyclopédique de la liturgie*, Luxemburgo, 1992, p. 311; Udo Becker, *Enciclopedia de los símbolos*, José Antonio Bravo (trad.), México, Océano, 1996, p. 144.

⁶ Carlos Borromeo, *Catecismo del santo concilio de Trento para los párrocos, ordenado por disposición de san Pío V*, traducido a la lengua castellana por fray Agustín Zorita Orden de Predicadores, 2a. reimp., Madrid, publicado por orden del Rey en la imprenta real, 1785, pp. 178-179.

⁷ *Idem*.

gales que, además de ser agradables a los ojos de Dios, eran las que vinculaban al moribundo y al creyente, en general, con la divinidad.⁸

El primer momento del ritual o cuidado del enfermo iniciaba cuando el sacerdote tenía noticia de que alguna de sus amadas ovejas había enfermado. A raíz de esa noticia, el pastor de almas se proponía visitarla diariamente para consolarla y fomentar su fe en los méritos de la redención, pero también para convencerla de redactar oportunamente su testamento antes de que perdiera la razón y, a causa de la agonía, omitiera cuantiosas sumas que debía destinar a la Iglesia para la salvación del alma.

En este tiempo se exaltaba la importancia de la enfermedad, misma que se asemejaba al martirio de los primeros cristianos, o bien a las heridas de Cristo, amén de traducirse como una muerte esperada, cuyo valor moral radicaba en que permitía al creyente despachar sus asuntos terrenos y, de esta forma, disponer del tiempo suficiente para preparar cristianamente su alma y recibir los sacramentos de la confesión y de la comunión. Con la confesión, además de limpiar las manchas del pecado y recuperar la gracia o amistad con Dios, podría alcanzar la paz espiritual, tan benéfica para la salud del cuerpo, mientras que con el divino manjar podría armarse con la fortaleza de Cristo para vencer a los malignos. Preciso resultaba tener durante este tiempo un crucifijo para ahuyentar al demonio, y ceras encendidas en señal de los trabajos y tribulaciones de esta vida y de los padecimientos de la enfermedad, misma que, a semejanza del fuego, purificaban el alma si se sufrían con humildad, paciencia y resignación, además de recordar al enfermo el infinito amor de Dios.

Con la agonía, sinónimo de último combate contra el mal, daba comienzo la segunda parte

del sacramento y del *memento mori*. De acuerdo con el ritual barroco de la muerte, en ese instante el moribundo era sometido a un primer juicio o juicio personal que tenía lugar en la penumbra de su alcoba. En el lecho de muerte, rodeado de familiares, amigos y otros miembros de la comunidad, el agonizante era el único capaz de observar una lucha que se entablaba entre el bien, representado por Dios, y el mal, simbolizado por el Demonio. Bien y mal se disputaban el alma del moribundo, mientras tanto, el arcángel san Miguel pesaba las obras del agonizante en una balanza. La escena, inspirada en los *ars moriendi* medievales, tenía por objeto enseñar a los fieles el arte de vencer al pecado y la tentación, sufriendo con paciencia la agonía y, ante todo, con la esperanza de alcanzar los méritos de la redención para resucitar después de la muerte.⁹

Para ayudar al enfermo en ese último combate y ahuyentar a los demonios no podían faltar las indulgencias, rosarios, imágenes milagrosas, agua bendita rociada en su lecho, el rezo de tres Aves Marías en honor a la Trinidad y en memoria de los tres clavos con los que Cristo fue clavado en la cruz, como tampoco las ceras y el fuego, que además de facilitar el trabajo del sacerdote cumplían en ese momento con una función protectora en tanto que alejaban las siete tentaciones o pecados capitales —soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza— con los que el Demonio inquietaba al enfermo para llevarse su alma. Según la doctrina, desterraban asimismo las tinieblas de los vicios y resultaban especialmente útiles para que el agonizante recibiera la luz del Espíritu Santo, miembro de la Trinidad y encargado de santificar las obras, y pudiera abrir los ojos del alma para ver lo que era agradable a

⁸ *Idem*.

⁹ *Idem*.

Dios, y con la lumbre de la fe en la resurrección alcanzara la luz eterna de la gloria.¹⁰

En el momento en que los estertores y otras señales anunciaban la llegada de la muerte, el sacerdote iniciaba la tercera y última etapa del sacramento y del *memento mori*. Era entonces cuando familiares, amigos y los miembros de la comunidad presentes en el trance ejercitaban la caridad ofreciendo sus plegarias por el descanso del alma del enfermo próximo a morir. Mientras tanto, el sacerdote se preparaba para administrar la extremaunción. Para tal efecto, y en símbolo de pureza, se disponía en la alcoba del moribundo una mesa cubierta de impecables y blancos manteles, una cruz con la que se recordaría la Pasión de Cristo, redentor del mundo, y en la que se encerraba el ejemplo de vida cristiana y la bandera bajo la cual había militado el agonizante. Se preparaba también un recipiente que contenía siete copos de algodón para limpiar las partes ungidas y una miga de pan con la que el sacerdote limpiaría sus dedos, agua para lavarse las manos y velas encendidas que debían arder durante la unción, por ser ésta la ceremonia que representaba la gracia o amistad con Dios y la luz del Espíritu Santo.

En la penumbra de la alcoba, alumbrada apenas con la luz de unas cuantas candelas, el sacerdote procedía a ungir el pecho y la espalda, que simbolizaban el cuerpo mismo con el que el agonizante había ofendido a Dios. Después se ungió todos y cada uno de los órganos y miembros del cuerpo en donde radicaban los sentidos, facultades que, como recordaremos, representaban en la doctrina las vías del conocimiento, pero también las puertas de entrada del pecado.

Por este motivo se ungió la boca, con la que se había injuriado a Dios, al tiempo de ser la causante del pecado de la gula. En seguida se ungió los oídos, a través de los cuales penetraron las palabras que lo alejaron del bien; los ojos, símbolo de las luces vigilantes del cuerpo; la nariz, representación del exceso; manos y pies, sede del tacto, y miembros del cuerpo en donde se originan la ociosidad y los malos hábitos de la juventud.¹¹

Una vez que al parecer el enfermo había exhalado el último suspiro, el sacerdote, cautelosamente, acercaba una vela encendida a la boca del enfermo para observar si la flama se agitaba con algún aliento, y de esta forma asegurarse de la llegada de la muerte.¹² Con la plena certeza del fallecimiento del enfermo se daba por concluido el *memento mori* y la administración del sacramento destinado a los moribundos. En seguida se iniciaban las exequias, denominadas también pompas fúnebres, puesto que en la doctrina avalada en Trento la muerte de los fieles se consideraba como un triunfo que debía recibirse con la alegría de ver a Dios y de reunirse con Dios Padre, Creador del universo.¹³

En las exequias se celebraban distintos rituales del cuerpo destinados a salvar el alma, y que la Iglesia denominaba en su conjunto como sepultura eclesiástica. Esos rituales tenían por objetivo sanar el alma del difunto para abreviar su estancia en el purgatorio a través de los sufragios — misas, oraciones y buenas obras, entre otros— que los vivos pudieran ofrecer voluntariamente y por caridad, considerada como la virtud motora de la vida cristiana. Cabe mencionar que los sufragios representaron para la Iglesia no sólo

¹⁰ Miguel Venegas, *Manual de párrocos para administrar los santos sacramentos y ejecutar las demás sagradas funciones de su ministerio*, Puebla, Imprenta del Colegio Real de San Ildefonso de Puebla, 1766, p. 436.

¹¹ *Idem*.

¹² *Ibidem*, p. 307.

¹³ Juan Crasset, *La dulce y santa muerte*, Basilio Sotomayor (trad.), Madrid, Imprenta de González, 1788, p. 82.

una importante fuente de ingresos, sino también constituyeron uno de los medios a través de los cuales logró prolongar su poder más allá de la muerte.

En el mundo católico la sepultura eclesiástica era un ritual que debía celebrarse por todos los difuntos. Sin embargo, ayer como hoy, la ceremonia ponía de manifiesto las profundas y realistas diferencias sociales y económicas. De ahí que mientras el común de los mortales era objeto de una ceremonia que pasó a la historia sin pena ni gloria, a los miembros de las elites eclesiásticas y laicas se les acostumbraba rendir un lujoso homenaje documentado al detalle, que tenía por escenario las principales ciudades de la cristiandad y en el que participaba la sociedad entera, siempre ávida de espectáculos.

Estas ceremonias fúnebres elitistas y urbanas, propias del cristianismo del barroco, se introdujeron a la Nueva España hacia 1554. junto con la noticia del fallecimiento del monarca Carlos V, cuyos funerales, celebrados en la muy noble y leal ciudad de México, serían sólo el inicio de una larga tradición que se prolongó por casi dos siglos, es decir, hasta el advenimiento de la Ilustración, época en que el ceremonial cambió su sentido en aras de la secularización de las costumbres.

Desde 1554, y durante casi dos siglos, las calles, plazas, conventos y templos de las principales ciudades novohispanas, y en especial aquéllas que tenían el rango de cabeceras de obispados o arzobispados, fueron testigos de los fastuosos homenajes a través de los cuales la sociedad virreinal se esforzaba por demostrar su lealtad a la Iglesia y la Corona. En la Nueva España dichos homenajes se dedicaban no sólo a los representantes del poder político y religioso, como reyes, virreyes, pontífices, obispos o arzobispos, sino también a las acaudaladas elites

españolas y criollas asentadas en el reino, casi todas benefactoras de la Iglesia.

Por su importancia para la vida social, política, económica y religiosa de la Nueva España, estos funerales quedaron descritos al detalle en unas fuentes que se conocen indistintamente con los nombres de libros de honras, obsequias o exequias y serán los textos que nos guíen en la descripción del ceremonial.

Conforme a dichas fuentes, el sonido de las campanas tocando a vacantes anunciaba a la comunidad el deceso del enfermo, al tiempo que notificaban gozosas su nacimiento a la vida eterna. Esa misma alegría se manifestaba objetivamente con un sinnúmero de ceras encendidas, las que, a partir del aviso del fallecimiento y durante los funerales, representaban también a Cristo como la luz eterna que ilumina a los difuntos, tal y como reza la oración que hasta la fecha se ofrece por los muertos y que dice a la letra: "Brille para ellos la luz perpetua". Mientras las campanas tocaban a vacantes, y todavía en la intimidad de la alcoba del difunto, el médico del cuerpo, o bien el médico del alma, a la luz de las velas cerraba los ojos y la boca del cadáver, en señal de que los sentidos corporales habían muerto para el mundo. En seguida se preparaba el cuerpo para ser expuesto durante el duelo y la misa a la mirada siempre curiosa de los dolientes.

A la luz de unas cuantas candelas y siguiendo antiguas costumbres de la Iglesia, en señal de pureza primero se lavaba el cadáver, después se le amortajaba con un paño de lienzo, en recuerdo de que así había sido sepultado el Redentor; o bien, para ganar indulgencias, esto es, para abreviar la estancia del alma en el purgatorio, se le vestía con algún hábito religioso de las órdenes mendicantes, como eran franciscanos, dominicos o agustinos. Con alguno de estos atuendos se colocaba el cuerpo en un ataúd de madera, pues-

to que Cristo había muerto en un madero para redimir los pecados de la humanidad. Más tarde se le adornaba con flores y guirnaldas, para simbolizar que así como las flores anuncian la fértil primavera y el dichoso verano en que se cosechan los frutos de la tierra, así también el tránsito de la muerte se asemeja a una primavera en la que se espera el fruto de los trabajos de la vida. Por último, se colocaba entre las manos del difunto la bula de la santa cruzada, documento apostólico que representaba un verdadero pasaporte a la vida eterna, mediante el cual, a cambio de una suma previamente estipulada, la Iglesia perdonaba al comprador todos los pecados cometidos, amén de garantizarle la vida eterna.¹⁴

Después del arreglo del cuerpo se iniciaban los rituales de duelo, misa, entierro y responsos, y eran ceremonias durante las cuales la muerte salía a pregonar por las calles de la ciudad su inevitable llegada y su sentido ejemplar.

Gran parte de la población del mundo católico acostumbraba recibir el duelo en la propia casa del difunto; en cambio, cuando se trataba de algún miembro de los grupos de poder se destinaba un recinto especial. En la Nueva España esos recintos eran el palacio arzobispal, cuando se trataba de algún clérigo, o bien el palacio virreinal cuando era laico. Fuera cual fuese el lugar, durante el duelo no podía faltar una cruz, un cirio pascual y el fuego de numerosas velas encendidas. La cruz, en memoria de la Pasión y de la Redención, el cirio —hecho de cera virgen— era la representación del cuerpo mismo de Cristo nacido de madre virgen, vencedor de las tinieblas y de la muerte. Con el cirio se simbolizaba también el fuego nuevo y la Pascua, por ser la época en que todo se regenera y se renueva.

¹⁴ Martín Carrillo, *Explicación de la bula de difuntos, dedicado a las ánimas del purgatorio*, 2a. imp., Zaragoza, Ángeles Taumano, 1602, pp. 15 y 205.

Las demás ceras encendidas tenían la función de purificar el ambiente y alumbrar al cadáver para que fuera visto por todos, y con su luz exaltar la paz y el reposo con que se premia el final de una vida virtuosa. La iluminación del cadáver se complementaba con cuatro cirios que flanqueaban el ataúd, en memoria de los cuatro puntos de la cruz de Cristo.¹⁵

El duelo se daba por concluido cuando el sacerdote rociaba agua bendita para purificar el cuerpo del difunto y de esta manera disponerlo para ser trasladado al templo donde se celebraría la misa de cuerpo presente, y después del templo a su última morada en compañía de un cortejo fúnebre encabezado por las cofradías, seguidos de una cruz, el clero regular y secular, el párroco y los dolientes. Con ese orden se pretendía reflejar la jerarquía de la Corte Celestial y las virtudes que habían guiado la vida del difunto. De tal modo que los hipólitos y juaninos representaban la hospitalidad; los jesuitas, la ciencia; los carmelitas descalzos, la soledad, la abstinencia y la austeridad; los agustinos, la congruencia y el entendimiento; los frailes menores, la humildad; los dominicos, la lengua del cuerpo místico de la Iglesia y, por último, las autoridades civiles, la justicia.¹⁶

Todos ellos vestían de riguroso luto y portaban hachas, luminarias y ceras encendidas. Según la tradición católica esta costumbre se remonta a los tiempos de la Iglesia primitiva para significar que las almas viven para siempre y que los fieles difuntos, es decir, las almas del purgatorio, son hijos de la luz y por ese motivo han de resucitar. Por otra parte, de acuerdo con

¹⁵ Miguel Venegas, *op. cit.*, p. 314; *Dictionnaire encyclopédique...*, pp. 311-313.

¹⁶ Anónimo, *Funeral lamento, clamor doloroso y sentimiento triste a la piadosa memoria del ilustrísimo y reverendísimo señor doctor Alonso Cuevas y Dávalos*, México, Imprenta del Secreto del Santo Oficio, 1667, pp. 42-43.

el *Breviario romano*, a través del fuego y las candelas se rendía un homenaje al hombre justo, quien por haber hecho la voluntad del Padre había fallecido con fama pública de santidad, amén de representar el peregrinaje de los fieles por este “valle de lágrimas”.¹⁷

De esta forma el cortejo transitaba silenciosamente por las calles y plazas, mismas que habían sido previamente enlutadas para el paso de los dolientes. En el trayecto se colocaban cinco capillas posas, tanto para el descanso de los portadores del ataúd como para simbolizar las cinco llagas del cuerpo de Cristo, con las que el Señor redimió los pecados que los hombres cometieron con los cinco sentidos corporales.

Al llegar a las puertas del templo el cortejo era recibido por un acólito que rociaba agua bendita para alejar a los malignos, seguido por el subdiácono y el diácono. Estos personajes portaban una cruz entre dos ciriales que más tarde se colocaban en la cabecera del ataúd, en memoria del Antiguo Testamento o Ley de Moisés y del Nuevo Testamento o Ley Evangélica, llamada también Ley de la Gracia. Según la doctrina, en virtud de estas leyes, y con la ayuda de Dios, el difunto y los creyentes podrían vencer a las tinieblas del mal.¹⁸ Por último, ataviado con una elegante capa negra en señal de duelo, estaba el sacerdote, quien acompañaba al cuerpo para ser colocado en la mitad del templo con los pies hacia el altar mayor, si era laico, o bien la cabeza cuando era religioso. Ahí, el ataúd se rodeaba de incensarios en señal de que las oraciones

ofrecidas por el difunto se elevarían al cielo a semejanza del humo del incienso.

En medio de este ambiente místico daba comienzo la ceremonia durante la cual fuego y ceras ardían constantemente en demostración del duelo, de la fe en la resurrección, de la inmortalidad de las almas, de la luz del Evangelio que ilumina la tierra, de la inspiración del Espíritu Santo y de la presencia de Dios en este mundo, de su trascendencia y de su gloria.¹⁹

La bendición del sacerdote ponía punto final a la misa. Entonces era cuando el cortejo, guardando un riguroso orden, abandonaba silenciosamente el templo para transitar nuevamente por las calles portando el cadáver para darle cristiana sepultura, misma que, conforme al sínodo de Ferrara, debía efectuarse veinticuatro horas después del deceso.

Según normas eclesiásticas el entierro debía hacerse en los atrios de los templos, hospitales o conventos, o bien al interior de las iglesias para garantizar de esta manera el descanso del alma del difunto por estar cerca de Dios, de la Virgen y de los santos. La sepultura en sí misma era símbolo del destierro del pecado; se le consideraba también como el palacio de la inocencia, como el reino de la piedad y la puerta de la gloria.²⁰

Durante el entierro los dolientes, portando hachas, luminarias y ceras encendidas, protestaban nuevamente, en nombre del difunto, que creían y confesaban que Jesucristo era la verdadera luz del mundo y que por sus méritos esperaban salvarse y alcanzar la luz de la bienaventuranza eterna.

El ritual barroco de la muerte finalizaba con los sufragios. En estas ceremonias se alternaban las tradiciones paganas de griegos y romanos con las costumbres judeo-cristianas. Su finalidad radi-

¹⁷ Juan González Villar, *op. cit.*, p. 194.

¹⁸ Melchor Huelamo, *Discursos predicables de las ceremonias y misterios de la misa...*, Cuenca, Casa de Miguel Serrano de Vargas, 1600, pp. 51-53; Manuel Fernández de Santa Cruz, *Manual de los sacramentos conforme al ritual de nuestro santo padre Paulo V, formado por orden del excelentísimo e ilustrísimo señor don Juan de Palafox y Mendoza*, México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1758, pp. 150-151.

¹⁹ Juan González Villar, *op. cit.*

²⁰ Juan Crasset, *op. cit.*, p. 80.

caba en rendir un homenaje póstumo a través del cual se exaltaban, una vez más, las virtudes del difunto y de esta forma moralizar a los fieles vivos y al mismo tiempo recordarles de la fragilidad de la vida y la omnipresencia de la muerte, amén de orar por la salvación del alma.²¹

En estas ceremonias posteriores al entierro, el cuerpo del difunto era sustituido por un fastuoso monumento denominado indistintamente catafalco, pira, túmulo o máquina de la muerte. En sus orígenes paganos se utilizaba para incinerar el cadáver, liberar su espíritu y reintegrarlo a la naturaleza y a los dioses a través del fuego. El cristianismo del barroco adoptó esta costumbre pagana, sólo que eliminó la incineración en aras del dogma de la resurrección de los cuerpos.²²

La forma del monumento, casi siempre de pirámide truncada, era símbolo de la inmortalidad y de la eternidad, mientras que su decoración, a base de emblemas, estatuas, poemas o motes, exaltaba las virtudes del difunto. Esa decoración se complementaba con un sinnúmero de velas encendidas para el asombro de los dolientes y para manifestar no sólo la fe, la finitud de la vida y alumbrar los emblemas, sino también para demostrar el poder económico y la riqueza del personaje, en virtud del alto costo de la cera.²³

La máquina de la muerte, llamada por algunos historiadores, no sin razón, feria de vanidades, se

colocaba en el crucero del interior del templo y debajo de la cúpula. El crucero representaba el cuerpo de Cristo, redentor de los pecados del mundo, mientras que la cúpula, cuando era de forma circular, simbolizaba la inmortalidad, o bien la resurrección cuando era octogonal.²⁴

El simbolismo de tal ubicación se complementaba con el túmulo mismo, monumento que por su carácter efímero recordaba a los dolientes la finitud de la vida. En la cúspide del túmulo emergía triunfante el símbolo principal representado por el primer novísimo, es decir, la muerte manipulando un reloj, tema que se explica por el sentido que el tiempo tenía para el hombre del barroco.

El ritual barroco de la muerte se cerraba con la lectura de la oración fúnebre, pieza literaria que la Iglesia adoptara de griegos y romanos y que consistía en una corta biografía ejemplar en la que se alternaban el verso y la prosa para alabar una vez más las virtudes del difunto, al tiempo de justificar el ejercicio de la doctrina como una forma de prepararse para vivir después de la muerte. En esta preparación, fuego y ceras unieron su luz a la voz del predicador no sólo para difundir la palabra divina simbolizando a la divinidad, a la fe y a la luz del Evangelio, sino también para manifestar el inmenso poder que ejercieron por casi dos siglos la Iglesia, la religión y la muerte entre las sociedades católicas de entonces.

²¹ *Ibidem*, p. 90.

²² *Ibidem*; Alicia Bazarte y Elsa Malvido, "Los túmulos funerarios y su función social en la Nueva España. La cera, uno de sus elementos básicos", en *Espacios del mestizaje cultural, III, Anuario conmemorativo del V centenario de la llegada de España a América*, México, UAM Azcapotzalco, 1991, pp. 68-70.

²³ Alicia Bazarte y Elsa Malvido, *op. cit.*

²⁴ Juan Anaya Duarte, *El templo en la teología y en la arquitectura*, México, UIA (Fe-Cultura, 6), 1996 pp. 125-132.



De izquierda a derecha, Carlos Chanfón Olmos, CRV, Carlos Martínez Marín y Jorge Gurría Lacroix, en el Museo Nacional del Virreinato (5 de septiembre de 1973).